

á dejar la fe luterana y á recoger la fe católica cuando Enrique VIII estaba mas enfurecido contra la nueva Iglesia. Despues de todo sucedian estos cambios con frecuencia en tales tiempos. Inglés hubo que fué católico ardiente allá en los primeros dias de Enrique VIII y anglicano ardentísimo en los últimos; protestante con Eduardo VI; católico rabioso con María Tudor y de nuevo protestante con Isabel de Inglaterra, cambiando de dogma segun cambiaba de rey. Latimer se fijó al cabo en el protestantismo y perteneció como capellan á la corte de Ana Bolena. Nombrado mas tarde obispo de Worcester, perdió esta gran prebenda protestante el dia que intentara el veleidoso Enrique VIII unirlo á su fe personal mas que á la fe viva de Cristo. Todas estas alternativas le trajeron el destierro, el desfavor, la prision. Libre y reinstalado en su dignidad al subir Eduardo VI, los dolores pasados le sugirieron el presentimiento de las desgracias futuras, y dijo en uno de sus mas elocuentes sermones que la Reforma correria gran peligro si, exaltada María Tudor al trono británico, se unia en casamiento con cualquier extranjerico mas ó menos poderoso, favorable á la Iglesia católica. No se olvidó ni se perdonó esta palabra por quien debia recogerla, y cayó de nuevo en prision. Poco despues, celebradas unas conferencias en Oxford entre protestantes y católicos, las cuales degeneraron al cabo en persecuciones é injurias, Latimer fué transferido á Oxford y guardado á vista para ser, tras las grandes disputas, nuevamente sumergido en las tinieblas de su oscuro calabozo. Pero no bastaba, no, la prision al implacable furor de sus perseguidores. Una comision de prelados instituyó el tribunal que debia juzgarlos. Llevados á su presencia, Latimer y Rincley halláronse frente á frente con el cardenal legado. Descubiertos ante sus jueces como era natural, cubriéronse á una los dos poniéndose los sendos birretes por no reconocer la autoridad del Papa, á pesar de la virtud y del saber que reconocian y proclamaban en su ilustre y célebre representante. El primero á quien interrogaron fué á Rincley, el cual respondió con grande posesion de sí mismo y con una extraordinaria serenidad de ánimo. ¡Tristes tiempos aquellos que creian purificar al hombre y reconocer á Dios en el hierro y el fuego!

Los inquisidores pronunciaron largos discursos enderezados á sostener la primacia de Pedro sobre todos los apóstoles y de Roma sobre todas las Igle-

sias, y los reos respondieron á una con el tranquilo ademan de la cátedra y con los exaltados fervores del púlpito. Vista la inutilidad completa de los argumentos, retiráronlos de la presencia de sus jueces, y diéronles veinticuatro horas para optar entre la conversion y la muerte. Uno y otro pasaron aquella noche tristísima en meditaciones profundas, pero ni uno ni otro tuvieron ni un minuto siquiera de duda y de incertidumbre. Parecíales á los dos menos deshonrosa y menos triste la muerte del mártir que la vida del apóstata. Rincley, recluso en casa del alcalde de Oxford y confiado á la custodia de su familia, como viera llorar amargamente á la pobre alcaldesa, conocedora de que iban á notificar á su huésped la última pena, púsose á consolarla y sostenerla cual si no le amenazase ningun daño. El diez y seis de octubre presenció la ciudad el martirio de estos dos hombres. Llegados á la hoguera, lanzáronse indeliberadamente uno en brazos de otro como dos náufragos que se encontraran entre los remolinos y los huracanes del mar. Rincley consolaba elocuentemente á Latimer y Latimer á Rincley, cual si uno y otro no se acordaran respectivamente de sí mismos. Sus verdugos, sin embargo, llevaron tan léjos la crueldad, que les hicieron oír delante del patíbulo un sermón dirigido á mostrarles que su pecado se parecia de suyo al pecado de Judas, y á escupir injurias contra sus almas, no contentos con que las llamas consumieran sus cuerpos. Quisieron defenderse uno y otro, pero no lograron su intento, ahogadas ambas voces por los gritos de las muchedumbres y de los sayones. A última hora estos mostraron una bien singular misericordia. Con propósito de acelerar el fin último de aquellas dos ilustres víctimas, pusieronles dos sacos cargados de pólvora al cuello. El que llevaba Latimer estalló al punto. Pero duró mas tiempo la horrible agonía de Rincley á causa de hallarse verdes los sarmientos de su hoguera. Uno de los asistentes, compadecido, atizó el fuego, y llegando las llamas al saco explosivo, estalló la pólvora, á cuyo estallido ardió la cabeza del mártir y vino compasiva la muerte.

La crueldad de María se acrecentaba con las horribles contrariedades de su existencia. Felipe, á quien adoraba ciegamente, aparecia cada vez mas triste y cabizbajo en la corte. Habitudo de antiguo al respeto y cariño de un pueblo exaltadamente monárquico, no podia, no, habituarse al desvío y des-

pego de los ingleses, cada vez mas airados contra su persona y contra su política. La Reina, para contrastar todas estas odiosidades, le colmaba de caricias que, léjos de serenarle y hacerle llevadera la vida, le contradecian y exacerbaban aun mas, pues nada en el mundo entristece tanto como la necesidad de devolver y pagar cariños repulsivos y repugnantes. Lo que mas le indignaba, hasta el extremo de hacerle perder los estribos y salir de su silencio habitual, era la unanimidad con que los ingleses atribuian su matrimonio á codicia. Una tarde que cayera en sus manos sarcástica caricatura, profusamente divulgada y repetida, en la cual aparecia su mujer muy flaca y dos españoles muy nutridos y muy gordos pendientes de sus pechos, Felipe quiso partirse á España. La negativa del Parlamento á su coronacion aumentó la ira de Felipe y el despego á su mujer. A mayor abundamiento sucedió un bien ridículo caso que merece contarse. A poco del matrimonio comenzó á hincharse el vientre de María. El regocijo fué tal y tanto, que se dieron los cortesanos á toda clase de bajas adulaciones alimentadas con la esperanza de aquella régia sucesion. Compróse la canastilla y erigióse un palacio consagrado al regio vástago, que debia perpetuar el derecho de la Reina bajo el solio de la Gran Bretaña. Hasta los enemigos mas encarnizados y tenaces de María dieron importancia suficiente y crédito indudable al embarazo, esparciendo rumores aviesos y relativos al tiempo y fecha de sus comienzos. Al acercarse la hora del parto, como corriera cierto dia la noticia de que la régia madre sentia los dolores propios de un próximo alumbramiento, abriéronse las iglesias en seguida y sonaron las campanas con estruendo. Hasta un predicador dió noticias con todas sus señales del príncipe reciennacido, midiendo su estatura, pintando sus facciones, encareciendo su hermosura y su gracia. Su médico mismo, Wahan, mantenía todas estas esperanzas, y aseguraba que la Reina iba muy pronto á tener un hijo. No eran de esta misma opinion las damas y cortesanos que rodeaban á la Reina de Inglaterra. Decíanse unos á otros en secreto, al oido, entre dientes, que la mujer de lord Ambroys acababa con igual motivo de engañarse, y no tenia sér animado alguno en las entrañas. En efecto, el rumor público resultó fundadísimo, la Reina no estaba en cinta, no, estaba en realidad malhumorada é hidrópica. La risa que produjo tan ridículo resultado contrarió aun mas al príncipe don Felipe, cansado ya del odio de Inglaterra

y de la oscuridad tenebrosísima de su cielo. Así, bajo pretexto de que su padre lo consultaba con frecuencia y le requería continuamente y por necesidad á su lado, abandonó Inglaterra con promesa de volver á los quince dias y con resolución de no volver jamás.

Cuanto mas contradicciones recibia la pobre Tudor, cuantas mas amarguras devoraba, mas se atenia y con mayor empeño á la religion de sus abuelos. No dejaba en paz al Parlamento, pidiéndole cuantas devoluciones podia sin temeridad entregar á la Iglesia de sus antiguos patrimonios y de sus cuantiosos bienes. Cerca de su palacio elevábase un monasterio lleno de monjes que vivian allí en gran número á la sombra del trono, único escudo contra las pasiones del pueblo. Muchos de los claustros derribados por la piqueta revolucionaria del rencoroso Enrique levantábanse á los conjuros de la piedad de su hija. Veíanse aquí los cartujos bajo su sombría capucha, veíanse allá los caballeros de San Juan metidos en sus armaduras feudales y envueltos en sus albas capas semejantes al poético alquicel de los árabes. La misma iglesia de Westminster, formidable reducto de la revolucion religiosa, vió pasar bajo sus bóvedas los continuadores de las primeras órdenes monásticas de Occidente, los continuadores del inmortal San Benito. Como la cólera del pueblo se habia ensañado principalmente al comienzo de la revolucion religiosa en estos ejércitos permanentes del Papa, de quienes eran como cuarteles aquellos monasterios, la reaccion cometía su mayor temeridad restableciéndolos, y provocaba las mayores y mas desapoderadas furias. Así es que por aquellos dias sucedió un caso bien singular que muestra cuánto la opinion pública oscilaba entre el Protestantismo y el Catolicismo en esta época de profunda y verdadera crisis. Uno de los mayores privilegios del clero era la excepcion de pena capital gozada por los clérigos entonces, aunque perpetrasen los mayores crímenes. Un cura llamado Smith acababa de pagar dos asesinatos para que le librasen de un enemigo incómodo. Y lo libraron por el pago. La mujer del asesinado se querelló ante las Cámaras y las Cámaras hicieron comparecer en su presencia tanto al que habia promovido como á los que habian perpetrado el espantoso crimen. Smith invocó su excepcion. No negó la infamia que se le atribuía, negó la posibilidad de purgarla con arreglo á su enormidad segun tradicionales y canónicos privilegios. La Cáma-

ra no quiso escucharle, y tanto Lores como Comunes derogaron esta inicua costumbre y pusieron al reo en manos del verdugo.

Pero los martirios continuaban y las hogueras inquisitoriales relucian alimentadas con humanos huesos. Philpot, doctor eminente á quien citaran por su saber y por su virtud á las conferencias religiosas, vióse asaltado y sorprendido por unos sayones que lo condujeron á la bodega del obispo de Lóndres, y lo maniataron con escándalo de todo el mundo. Philpot allí sostuvo frente de aquel prelado verdugo sus antiguas ideas y recibió en premio, como todos los creyentes fervorosos de aquellos dias, la palma del martirio. Estaba entonces olvidado en una prision oscura, donde la muerte no le hacia caso, el célebre teólogo que procuró á Enrique VIII los medios de legitimar su divorcio si no ante la Iglesia ante el mundo en los primeros dias de la revolucion anglicana. Bien puede asegurarse que á Crammer pertenece la iniciativa de la proclamacion del Protestantismo en Inglaterra como pertenece al rey Enrique la responsabilidad. Elevado á la sede suprema de Canterburi, pronunció en su calidad de primado británico la separacion ruidosa de los régios cónyuges. Decidido á sostener la Reforma, cebóse con rabia durante la breve aparicion del sexto Eduardo en anabaptistas y en católicos. Los tiempos aquellos tenian un carácter tal de barbarie, que un hombre tan dulce y benévolo por su temperamento se convertia en fanático y furioso por su fe así que se encontraba frente á frente de sus adversarios religiosos. Como la reina María Tudor participaba de igual fanatismo que este gran prelado de su padre, no le perdonó nunca dos cosas: ni su sentencia en el divorcio, ni su adhesion al Protestantismo.

En cuanto María tuvo un trono, Crammer tuvo un calabozo. Sacado de él y conducido á Oxford, como todos los demás presos importantes, en los dias de las conferencias teológicas, declaráronle sus enemigos, despues de haberle oido con atencion, hereje y relapso. El fiscal de aquella causa escribió en contra de Crammer una prolija y contundente acusacion. Antes de responder á tales cargos, postró el acusado las rodillas en tierra, alzó los ojos con los brazos al cielo, y confortado así, declaró en voz alta que consideraria siempre al Papa como un Obispo de la cristiandad, pero no como un Vicario de Cristo. No le perdonaron sus acusadores, no, recuerdo alguno que pudiera

molestarle y ofenderle. Sus antiguas adhesiones al Catolicismo, su casamiento, su defensa del dogma eucarístico, su conversion, todo fué saliendo para darle con crueldad en rostro y afligirle con afliccion acerbísima en sus últimos instantes. «Hé aquí, decian sus jueces, juzgado por un Papa el hombre que despreciara la autoridad del Papa; juzgado en una Iglesia el hombre que pretendiera destruir todas las Iglesias; condenado ante el Santísimo Sacramento el hombre que del Santísimo Sacramento se burlara.

Crammer, por su complexion, pertenecia de suyo á los débiles. Sobrado nervioso, cualquier peligro le retraia del combate y cualquier amenaza le anegaba en perplejidades. Su viva fantasía trazábale con siniestros y cruentísimos reflejos, á los ojos enrojecidos por el insomnio, las horribles penas de sus correligionarios y amigos. ¡Cómo él, tan poco sufrido, iba en aquellos suplicios inhumanos á sufrir toda suerte de congojas! Sus carnes, tan finas, habrian de carbonizarse, y sus huesos, tan delicados y tan tiernos, habrian de reducirse á un puñado de cenizas. Los ojos le saltaban de las órbitas, las fibras le sacudian con temblores continuos, los dientes le rechinaban en el hueco de la boca siempre que se ponía de algun modo á pensar en los horrores del suplicio. Sabíanlo muy bien así los cortesanos de la reaccion, y le asaltaban por el mas débil flanco de su triste naturaleza. Todos los dias iban á su presencia uno ú otro teólogo, uno ú otro fraile, para describirle con animados colores el cuadro terrible de un suplicio, y arrastrarle á la deshonra de una infame abjuracion. Poníanle ante los ojos su reinstalacion segura en el régio favor, su presencia en la fastuosa corte, sus relaciones con el régio matrimonio que dominaba entonces en la Gran Bretaña y que podía captarle hasta la noble amistad del Emperador, su entrada en la diócesis de Canterburi y en la espléndida Catedral llena con todos los resplandores y con todos los milagros del culto; y le oponian á esto la triste calle de amargura, el sepulcro donde se hallaba enterrado en vida, los horrores de una sentencia inapelable, el infierno de una voraz hoguera.

Sus nervios todos se sacudieron y exaltaron al estremecimiento producido por tales descripciones. Apoderóse horrible pasmo de su atribulado espíritu, y como el militar que huye y desierta de sus banderas, huyó y apostató de sus creencias. En tales congojas, cuantos maquinaban la perdicion de su ho-